

LA HISTORIA, DE NUEVO

Patricio Oyaneder Jara

Ciertamente, el título alude a la idea de Fukuyama, planteada ya hace años, que indicaba que se había llegado al fin de la Historia, en tanto que las concepciones occidentales de democracia liberal y de economía de mercado aparecían como la culminación del sentido del Progreso, y las que habían derrotado a todas las otras propuestas político-económicas, y, además, resultaban atractivas para toda la Humanidad, occidental o no. A la luz de los sucesos de septiembre y sus consecuencias vale la pena revisar aquello.

El fondo de la cuestión era la creencia del mencionado autor de que, a fines del siglo XX, se habían concretado valores (democracia y mercado) tan prístinos en su ser evidentes que, aun cuando se los atacase, nada perdían de su peso valórico específico. Dicha concreción se manifestaba en la abundancia de la sociedad de consumo, finalidad (*télos*) ya lograda en los países prósperos y apetecida por los emergentes. Sólo en algunas zonas culturales esto parecía ser una meta no de primer rango, pero esas mismas culturas, carentes de atractivo para Occidente, no podían ser alternativas frente al *télos* triunfal. No está demás decir que esas zonas eran, según Fukuyama —quien pasaba rápidamente por sobre ellas—, las del Islam.

No vamos a entrar aquí en el asunto al estilo del “choque de civilizaciones” de Huntington,¹ sino a centrarnos en el aspecto ético de la autocomplacencia de lo que antes se llamaba *american way of life*, reflejada en gran parte en las tesis de Fukuyama. Es necesario hacer

¹ Quien, según se dice, afirma que en la era post-soviética, los conflictos estarán alentados por concepciones culturales (en sentido amplio) divergentes más que por ideologías en conflicto.

notar que dicha autocomplacencia reviste al menos dos características principales: en primer lugar, se basa en la disponibilidad de bienes de consumo, los que, transformándose por su disfrute en el objetivo inmediato de la vida, impiden al individuo la percepción de una jerarquía completa de valores en el sentido schelleriano del término;² en segundo lugar, produce, por comparación, un cierto menosprecio de todos aquellos que no han logrado ese nivel de satisfacción, por considerarlos segundones o simplemente perdedores en la gran carrera de la Historia. Este último punto tendría su razón de ser en el hecho de que, para Fukuyama, es el impulso de reconocimiento –*thymótico* lo llama, tomando la expresión de la psicología platónica-, esto es, el afán de sobresalir y de ser reconocido, el que habría estado en la base de todo el movimiento histórico que condujo al triunfo del liberalismo. Pues bien, me parece que en todo esto hay algo de soberbia. Y para hablar de soberbia, propongo acudir a un clásico: a Santo Tomás de Aquino.

En la *Suma Teológica*, se lee: “soberbia significa [en el primero de los sentidos del término] el deseo desordenado de la propia excelencia”.³ Aquí el desorden consiste –no olvidemos que Aquinas está moviéndose dentro del orden teológico- en pretender lograr la excelencia sólo en las cosas temporales,⁴ con aversión a todo bien trascendente,⁵ y por ello la califica de pecado.

² De algún modo, Fukuyama reconoce esto al establecer que el hombre del fin de la Historia es el “último hombre” de Nietzsche. (Sobre Fukuyama he escrito algo en “Acerca de Francis Fukuyama, “¿El fin de la Historia?”, en *Estudios Universales* Nº 1, Concepción, Universidad de Concepción, 1990; “... y comieron perdices”, en *Cuadernos de Filosofía* Nº 11, Universidad de Concepción, 1993; “El Contrato Social y el Último hombre”, en *Cuadernos de Filosofía* Nº 17, Universidad de Concepción, 1999).

³ S. Th., 1-2, q. 84, a. 2.

⁴ Id.

⁵ id., 2-2, q. 162, a. 6.

Pero, aunque búsqueda desordenada, la de la soberbia implica lo arduo⁶: es una excelencia cuyo logro implica esfuerzo, aun cuando como fin sea erróneo, y en tanto exige esfuerzo, pertenece al apetito irascible,⁷ esto es, a lo que en la tradición emana del *thymós* platónico. ¡Qué concordancia entre esto último con lo expresado después –con otra pretensión ciertamente- por Fukuyama!

Dejemos al Aquinate, validando el calificativo de soberbia para la autocomplacencia ya aludida. La cuestión ahora puede plantearse como ¿de qué manera esa soberbia altera la percepción de los valores en quien la experimenta? En primer lugar, creo que haciendo considerar a los valores propios como universales sin más, sin tener en cuenta que son producto de una cultura dada y de una determinada evolución histórica;⁸ por otra parte, y por ello mismo, limitando el reconocimiento de valores en el otro (aunque puedan ser disvalores para el “uno” que observa al “otro”). Pensar, pues, que valores políticos –como la democracia liberal -o económicos –como el mercado- son autoevidentes y que deben ser aceptados y que si hay resistencia a ellos se puede forzar a su aceptación, es parte de la soberbia. Y así han procedido Estados Unidos y sus socios desde fines de la Segunda Guerra Mundial, y en el último decenio con particular rudeza, amparados en su poder militar incontrastable luego de la caída del bloque soviético.

⁶ Id., a. 3.

⁷ Id.

⁸ En un artículo reciente, posterior a los sucesos del 11 de septiembre, Fukuyama ha reconocido: “siempre he creído que la modernidad tiene una base cultural. La democracia liberal y los mercados libres no funciona en todas partes y en todos los tiempos. Funcionan mejor en sociedades con ciertos valores, cuyos orígenes puede que no sean totalmente racionales. No es un accidente que la moderna democracia liberal haya emergido primero en el Occidente cristiano, puesto que el universalismo de los derechos democráticos puede ser visto como una forma secular del universalismo cristiano” (en “Aún permanecemos en el fin de la historia”, reproducido en Reportajes especiales de La Tercera, capítulo VI, 11 de noviembre de 2001, p. 6).

A esto hay que agregar la impudicia con que dichos valores son “acomodados” en el trato que la superpotencia conduce con otros países. Lo que en lenguaje cotidiano se llama “doble-standard”. Dicho en palabras de Chomsky: “tenemos un principio anclado en nuestra historia: el derecho a actuar unilateralmente. No queremos autorización, no nos preocupa la evidencia, no nos preocupa la negociación, no nos preocupan los tratados. Somos el tipo más fuerte del mundo, el matón más duro del barrio. Hacemos lo que nos da la gana”.⁹ Hablamos, por cierto, de la política del Estado norteamericano, no necesariamente de la actitud de todo el pueblo norteamericano en el cual, según vemos, surgen a veces algunas voces disidentes. Pero es esa política oficial la que patrocina, por así decirlo, un modo de vida —que pasa por el apoyo a esa actitud política— con pretensiones de validez universal.¹⁰

Fukuyama, en cierta forma portavoz de la postura oficial, insiste: “permanecemos en el fin de la historia porque existe un solo sistema que continuará dominando las políticas mundiales: el del Occidente liberal-democrático”.¹¹ Como esto nos remite a su idea inicial, hay que recordar aquí que el sistema se propone cerrado, como un “paquete” de oferta comercial: democracia partidista-representativa y economía de mercado. Y todo el mundo estará allí, nos dice. Ese es el sesgo totalitario que toda ideología tiene; totalitario en el sentido que trata de imponer una concepción total del hombre (el hombre **es** esto y **tiene** que actuar así), asunto consustancial a toda ideología, la liberal incluida. Esto es lo que produce a ceguera frente al otro, en este caso el mundo islámico —aquel que Fukuyama pasaba por alto en sus primeras obras—, mil millones de personas, un quinto de la humanidad. Si a ello

⁹ Chomsky, Noam, “El derecho de un matón imperial”, *id.*, p. 16.

¹⁰ Por supuesto que desde Trasímaco sabemos que en el orden político “justo es lo que conviene al más fuerte”; la diferencia es que los sofistas no pretendían presentar un valor relativo dado como si fuese el valor, sin más.

¹¹ Fukuyama, Francis, *op. cit.*, p. 7.

sumamos otros tantos millones de chinos que tampoco se inscriben plenamente con la oferta y un buen resto de seres humanos que aunque quisieran tampoco están allí, la frase anteriormente citada aparece como la odiosa afirmación de afán de dominio que es: somos los que hemos triunfado y ello lo prueba nuestra fuerza; se pliegan a nosotros o se hunden, y si se resisten con violencia los aplastamos. Si eso no es soberbia ya me dirá usted.

Puede que lo expuesto suene a resentimiento. Y quizá lo sea, pero si lo es, no se trata de envidia por no estar plenamente allá, en el lugar del consumo, con buenas cosas que consumir y medios para adquirirlas (o sea, el paraíso del fin de la historia); se trata de la irritación por la transculturación, por el obscuro brote de valores alienígenas que nos embozan como pueblo dada nuestra mestiza condición –y allí la responsabilidad es nuestra– por una acción que parece dirigida precisamente a ello, procurándonos, eso sí, sucedáneos a aquellos que, suponen, nacimos para servir, para que los elegidos disfruten de su edén *ad hoc*, tratando, además, de convencernos de que no hay otra posibilidad. Si entendemos que aquello es un paraíso perverso, decir entonces “no serviré” no sería soberbia demoníaca, sino al contrario, podría ser búsqueda de una excelencia más allá de la disponibilidad material del consumo, búsqueda del reconocimiento de algo más, de otras realidades capaces de entusiasmar en la vida humana, búsqueda del sentir, incluso, la posibilidad de lo sagrado.

Así, pues, algunos nos negamos a creer en el fin de la Historia, y hechos como los de septiembre nos lo confirman, aunque Fukuyama los califique de “acciones de retaguardia”.¹² Para mi gusto, habría que decir,

¹² Id.

Pese a tal calificativo, las acciones posteriores al ataque a las Torres Gemelas parecen estar abriendo posibilidades a una nueva forma de terrorismo, que podría ser global e inorgánico, es decir, realizado por individuos diversos, sin conexión entre sí, de manera espontánea (como parece ser el caso de los envíos postales de ántrax), e incluso sin necesidad de

como en el son, que la Historia no estaba muerta, andaba de parranda. Parranda matonesca de la mano de los poderosos, y que terminó con un par de dientes menos y una feroz resaca, aunque ésta tengamos que soportarla todos aun sin haber estado en la fiestoca.

Y no se trata de festejar la barbarie; se trata de entenderla, por sobre el impacto noticioso que los medios nos entregan. Tampoco entender es excusar, es constatar la cruda realidad de la Historia, poblada de actos de barbarie, aunque suelen conocerse sólo algunos, pues la historia, como se sabe, la escriben los vencedores.

contar con elementos letales; bastaría la amenaza para copar medios de comunicación, de transporte y otros servicios, para producir así colapsos gravísimos.